

LOS SITIOS DE LA CULTURA

Decíamos ayer, que el Romea ha perdido parte de su entidad como primer espacio cultural de la ciudad, incluso de la región. El referente esencial en las

relaciones sociales de los murcianos ha pasado a ser el Auditorio. Vamos a considerar algunas de las razones del cambio. El Romea, inaugurado en 1862 con el nombre de Teatro de

los Infantes, nació en un momento en el que la sociedad murciana necesitaba un lugar en el que sus gentes se encontraran con regularidad.

Un lugar de encuentro

El Teatro Romea, inaugurado en 1862, quiere lograr su entidad como primer escenario regional

CÉSAR OLIVA • MURCIA

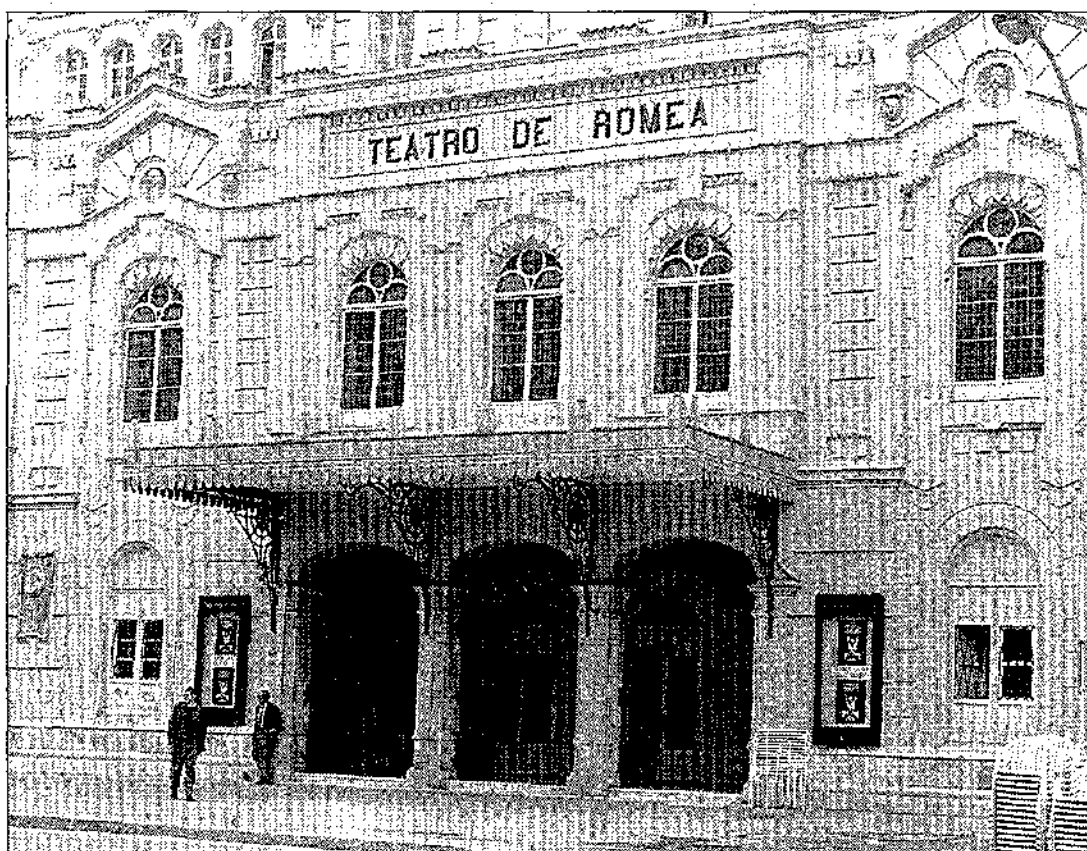
El cada vez más creciente desarrollo industrial, el patente poder de la burguesía como clase social, precisó de sitios en donde reunirse, más allá de la solemnidad de las iglesias. El teatro llamado a la italiana surgió de esa necesidad, junto a un nuevo gusto de clase: el mirar a sus artistas. El Teatro Romea nació para ello.

Hasta la propia arquitectura de esos teatros —que pronto cubrieron la faz de todas las ciudades de Europa— respondían a las diversas capas sociales que accedían a ellos: desde los elegantes palcos, reservados a las familias más poderosas —que se abonaban a la temporada— hasta los duros y empinados escalones del paraíso, para quienes empleaban parte del jornal en asistir a aquellas maravillosas historias que sólo los escenarios contaban. Ir al teatro, en el XIX, era algo más que ver una comedia: era asistir a un cierto ritual —como en la iglesia— en el que, además de participar en un conflicto no pocas veces social (la zarzuela española lo planteó de continuo), la gente departía la gente. De ahí que todos se vistieran para ir al teatro, pues sabían que también ellos representaban un pequeño papel en la comedia de la vida.

Los tiempos han cambiado que es una barbaridad, que se oía en aquellos escenarios, y el arte escénico, sin perder su función social, ha asumido otras. La gente dispone de distintos foros en donde verse y reunirse, sobre todo la burguesía que ha generalizado las localidades de los teatros —apenas si hay dos precios diferentes—, puede gozar de la recreación estética en sus propias casas con sólo mover un botón y, sobre todo, dispone de un superior nivel de exigencia estética. En los escenarios ya no puede verse cualquier cosa, pues ha perdido su carácter exclusivo: nuestros abuelos o iban al teatro o se quedaban a rezar el rosario en familia; no había más posibilidades.

Cambio social y estético

Estos cambios han sido difícilmente admitidos en los tiempos que corren. De ellos no se libran ni espacios incuestionables, como el Teatro Romea. Hace falta mucha imaginación, una dedicación total y plena, y buenas dosis de generosidad para mantenerlos a mediano rendimiento. Como tantas cosas de la vida diaria, necesita profesionalidad, no sólo buenas palabras. El teatro, en general, está tocado del ala, y sus administraciones lo saben. ¿Quién sale de noche entre semana —incluso de tarde— a ver una función si no es algo absolutamente necesario (tenerlo en un



Contra la posmodernidad. En esta cruda realidad, la sociedad aporta otros centros de recreo estético, como los auditorios, en los que el nivel artístico ofrecido es tan alto como el escénico (Falla frente a Valle, por ejemplo), el esfuerzo intelectual menor (el idioma del pentagrama es universal) y las calidades superiores (los músicos aficionados son inhabituales frente a la abundancia de intérpretes no profesionales). En definitiva, es más difícil salir defraudado de un Auditorio que de un teatro. A las premisas de precariedad de los teatros hay que sumar, pues, la moda social antes mencionada. / FOTO LV

programa de estudios, por ejemplo) o algo absolutamente bueno? En las grandes ciudades, con un nivel teatral medio, ya se piensa en las funciones de jueves a sábado. No da para más. De momento...

La necesidad de apoyo al teatro, como fenómeno más del pasado que del presente, hace que sus principales empresarios sean los sectores públicos. Los privados apenas si pueden subsistir, por lo que la intervención del Estado, de las comunidades o de las ciudades, se hace imprescindible. Eso sí, dependiendo si el teatro se considera un bien cultural de la Humanidad o un sitio incómodo en el que hay que gastarse el presupuesto. En este caso, japaga y vámonos! Mejor cerrarlo.

Los teatros, en su última etapa,

han vivido sumido en permanente zozobra. Y el Romea no es menos. Envueltos en una crisis permanente, sus gestores no han comprendido que hay que cuidarlo y mirarlo como nunca. Que su inversión cultural será siempre insuficiente. Frente a otros fenómenos de gran arraigo social (el fútbol), que apenas necesitan apoyos si se organizan bien (los ejemplos son innumerables), el teatro exige la ayuda de todos, eso sí, en la sociedad libre y culta que deseamos. Por contra, y sometidos a la vorágine de las luchas entre partidos políticos, el teatro (¡ay!) es un nuevo ojo del huracán. ¿Cuándo terminarán de utilizar las artes para señalar quien gobierna mejor? ¿Por qué no dejan tranquilo al teatro, lo alimentan como se debe, y no se preocupan de más cosas que el

que funcione? ¿Por que no dejan de manipular más las cifras si la única que se necesita es la de un presupuesto bastante para sobrevivir?

El Romea es el mejor ejemplo de la intransigencia política de nuestro tiempo. Descabezado desde el triunfo del P.P. se ha querido presentar como modelo de desastre organizativo socialista. Y se han equivocado. El dañado no es su anterior director o su anterior concejala. El dañado es el teatro. Un error remediable, pero que ha durado año y medio. Justo el tiempo en el que no se ha querido entregar su dirección a nadie. Es más, se han aceptado —en pleno ejercicio de ausencia de ideas— sugerencias Después de un extraño proceso de rumores y desmentidos, al fin ha habido nombramiento. Vuelve la esperanza de reconducir el viejo coliseo murciano. Un director de teatro municipal es algo más que un programador, por si alguien no lo sabe. Es el portador de un concepto. Es un remedador de sus problemas. Salvando las distancias, permítaseme un ejemplo de lo que una ciudad y un concepto de teatro acaban de hacer: En Milán se ha sustituido al legendario Strehler como director del Piccolo Teatro, institución con elevada participación pública. ¿Saben a quién han elegido? A Jack Lang, ex-ministro de Cultura francés.

La esperanza de Píriz

Lorenzo Píriz Carbonell es un hombre de teatro. Colaborador inicial del mítico Festival de Sitges, se dedica a las tareas escénicas desde su juventud. En sus tiempos de estudiante de Medicina, en Salamanca, dirige a un grupo universitario, en el que empieza a mostrar su condición de dramaturgo total: autor, director y actor. Tras entregar alguna de sus obras iniciales decide establecerse en Nueva York, para ejercer la medicina en el Beth Israel Hospital. Sigue presentando sus obras en pequeños teatros del off Broadway y en algún país sudamericano. El estreno de *Federico, una historia distinta*, en 1982, le lleva a la suprema decisión de abandonar la medicina y dedicarse al teatro en España. Posteriormente funda la compañía *Tespis*, en colaboración con Antonio Llamas.

CRÍTICA DE ARTE

Música y pintor

Lugar de exposición: Galería La Aurora. Título: «Ad libidum». Dibujos, obra gráfica, escultura. Hasta el 15 de febrero.

PEDRO A. CRUZ • MURCIA

No se puede objetar nada —y yo no lo hago— al autor que saca aquello que, con mayor o menor profundidad, forma parte de su intimidad y lo plasma para hacer visual o auditivamente partícipes a los demás. Es lo que debe ser cuando se quiere ser sincero, y no se pretende engañar a nadie con envoltorios en cuyo interior sólo hay vacío. Pero, eso no es todo.

Una obra, para que transmita su mensaje, para que llegue y se haga expansiva y con cada nueva onda se enriquezca, no puede nunca mostrarse nunca caduca, repetitiva y obsesiva, porque la sensación que se recibe al contemplarla es de asfixia, de esclerosis creativa, incapaz de superar los límites y abocada a un lenguaje farragoso por la falta de fluidez, y simple por la pobreza en el vocabulario.

Y no es preciso rebuscar, recurrir a lo hermético para hacer ininteligible lo que se muestra. La claridad es una virtud derivada del dominio, y mucho más de la maestría. Y con ella, cualquier tema, cualquier indagación intra o extrapersonal se dignifica, adquiere su auténtico valor, y no se convierte en algo que pasa desapercibido o produce rechazo. Los dibujos de Luis Eduardo Aute no participan de esa claridad exigida, no producen la sensación de obra terminada, y más bien se decantan como apuntes inconexos que únicamente tienen en común la línea erótica que los une sin especial atractivo. Porque, no se trata de realizar un análisis psicológico sobre las motivaciones y el por qué de los símbolos —por otro lado, reconocibles sin grandes esfuerzos—, eso forma parte de lo personal; mas, si de unos resultados que pueden tener su justificación para el deleite propio, no para una exposición pública con pretensiones. Son como una canción en la que el estribillo se repite una y otra vez, y monó; tonamente golpea los tímpanos de quienes se atreven a escucharla. No hay ritmo, no hay melodía, sólo el impacto que puede, acaso, abrir los ojos para cerrarlos después en espera de la desaparición del ruido. Bien vale la intención y el desahogo, la terapia, si se quiere, liberalizadora de tensiones. Pero, fuera de esto no puede haber otra pretensión, y así, si queda como anécdota, se justifican los dibujos en su vertiente expositiva —otra cosa es la intimidad o el círculo restringido, ahí puede hacer cada cual lo que quiera—; si se quiere hacer algo más —y pese a coros y fanfarrias— el camino está equivocado.

• Museo Picasso de Málaga El museo Picasso de Málaga, que albergará 138 obras del pintor malagueño y que será instalado en el Palacio de Buenavista, podría estar abierto en un plazo de dos años y medio.